

XXXI

Julio 1.º de 1867.

QUERIDA MARIA.

Mucho tiempo hace que no te he escrito y hoy que me hallo en vísperas de salir de esta ciudad, voy hablarte más á acerca de ella, supuesto que en año y medio que he permanecido, conozco mas su parte física y moral.

Tal vez incurra en algunas repeticiones respecto de la descripción que te hice en mi última carta, pero creo que

no serán del caso y antes bien será como una rectificación para que quedes mejor enterada de aquellas.

Comenzaré diciendote: que hay en la ciudad de San Francisco millares de grandes y pequeñas cantinas que se denominan barras: estas son de diversa categoría, según la gente que concurre á ellas. Algunas están montadas con lujo y son unas verdaderas galerías que contienen magníficas pinturas; el mostrador y armazon son de exquisitas maderas y no es extraño ver en ellas siempre, de la mejor concurrencia de la sociedad.

Cuando se entra á una de estas barras, se dirige el parroquiano si quiere, á una mesa que queda un poco al fondo ó frente al despacho y en ella se encuentran hasta ocho ó diez potages como, pavo asado, pierna de carnero, jamon en vino, macarrones, queso, aceitunas, etc., etc., etc. Si desea uno ser servido, un criado que está ahí dispuesto, pone en un plato lo que se le pide y si no, uno mismo lo toma, sirviéndose si



lo apatece, de todas los manjares; concluida esta operacion se dirige uno al mostrador y pide cognac, ponche, cerveza ó cualquiera otro licor, pagando por todo lo que se ha tomado la módica cantidad de diez centavos.

No puede darse cosa mas barata en esta línea, y estoy seguro, por propia experiencia, que con el *lunch* que se hace en esas barras tiene uno lo suficiente para todo el día.

Igual cosa sucede con los restaurantes, especialmente los americanos é italianos; los franceses son un poco más caros.

En los americanos hay platos de 5 á 30 centavos y, á medida que se van pidiendo potages pone el criado sobre la mesa el valor de cada uno, expresado con números en un pequeño carton, que se cambia, segun va subiendo la cuenta. Despues que se ha concluido, se dirige el parroquiano á la cantina, pagando el valor de lo que representa el último carton y, con este sistema, se

evita el fraude en los servidores, los que no exigen propina alguna.

En las fondas italianas se come bien y barato: por cuatro reales sirven seis platillos abundantes, media botella de cerveza ó vino, fruta ó dulce, café con leche ó cognac. En las francesas hay diferentes precios, y en todas, americanas, italianas y de las que venimos hablando, están puestas sobre la mesa grandes fuentes colmadas de mantequilla, azúcar y jarrones con sabrosa miel. 1.

Esta baratura de las fondas y comestibles, está en oposicion con la abundancia metálica y lo subido de los salarios, etc; pero esto se esplica por la gran fertilidad del país, que produce frutas, hortaliza y granos en abundancia.

Los criados, perciben un sueldo de

1. En la época actual han desaparecido de las mesas estos artículos, por el abuso que cometían los americanos en tomar con exceso de ellos, y solo se pone una poca de mantequilla en un platito.



25 á 30 pesos mensuales, y esta circunstancia precisa á las familias, de la clase media á no tener ninguno, sirviéndose así mismas, cosa que en España y México no se usa, y que sería hasta indecoroso; pero en los Estados Unidos, que no existen esas rancias, vulgo aristocráticas, una persona decente toma su canasto y se dirige al mercado para proveerse, sin quedar degradada por esta circunstancia.

Hay por fortuna la ventaja, de que los vendedores conducen á las casas sus mercancías y siendo esto así, solo el arroz, especias, y otros artículos de droguería ó abarrotes, se tiene necesidad de salir á comprar; pero el lechero, panadero, carnicero, etc. llevan muy temprano su correspondiente artículo á las casas y lo colocan, si la familia duerme aún en un hueco que hay practicado en el descanso de las escaleras, sin que estos objetos sufran ménos cabo, alguno de los vecinos ó de alguna gente de la calle, pues en punto á seguridad, pocas ciudades como San Francisco, con-

tarán la fortuna de poseerla. Y si no, dígame ¿en alguna otra parte quedan los bancos y joyerías cerrados solamente con las vidrieras? Las droguerías dejarían los sacos medio abiertos que contienen las patatas, el arroz, garbanzo y otros artículos, fuera de la puerta, lo mismo que las ferreterías, carpinterías, etc., sus objetos tirados sobre la banqueta?

Lo mas extraño de esta seguridad, es que, emigrando de Europa, como se sabe, una cantidad no pequeña de hombres viciosos, y componiéndose la población de la mayor parte de éstos, estén tan seguros los intereses de las personas; pero ¿se sabe á que es debida esta circunstancia?

A las sabias leyes que el pueblo americano se ha sabido dar y á los guardianes de ellas, que no las eluden ni consideran como simples papeles escritos.

En los Estados-Unidos impera la ley y cualquier representante de ella se hace obedecer, por manera, que cuando se



ha dado el caso de un tumulto, pleito ó cosa semejante, con solo presentarse un policía, hablando en nombre de aquella, todo el mundo se retira sin chistar una palabra. Cuando suele haber un robo, es tan eficaz la policía que rara vez se escapa el ladrón y dejan de recuperarse los objetos robados.

En el tiempo que he permanecido en San Francisco solo he oído hablar de un solo robo que se cometió, pleitos ó tumultos no he visto ninguno; de manera, que ese orden lo he envidiado mas de una vez, que he recordado el desgraciado estado de nuestra sociedad.

Los Estados- Unidos están compuestos, como no he sabido, de los elementos mas heterogéneos y hay en el corazón de su sociedad una corrupción escandalosa; pero la ley y el trabajo, neutralizan esta anomalía con sus saludables efectos, y el equilibrio se sostiene perfectamente.

En las barras subterráneas, además de las servidas por mugeres, de que hablé arriba, hay salones de baile donde

ponen una música chillona, compuesta generalmente de un clarinete, piston y bajo. Estos instrumentos tocan walses, polkas y contradanzas, que son bailadas por los parroquianos, que pagando una peseta por cada pieza, toman una compañera de las diez ó doce muchachas que la casa paga expresamente, y bailan con ellas armando una batahola infernal; en la que sobresale el chirrido del clarinete.

Hay que advertir, que la pieza que se baila, no pasa de un cuarto de hora de duración y por esto, se calculará el dinero que sacarán los dueños de esos salones.

En general, los americanos, al paso que se hayan adelantados en la mecánica y otros ramos de la industria, en bellas artes están atrasados y especialmente en música. El piano en los Estados- Unidos se toca muy mal y dando manazos sobre el teclado; pues creen que de esta manera se produce mejor el efecto: por el estilo sucede con los demas instrumentos. Así como en Méxi-



co la pintura y la música son cultivados hasta por las señoras, y pocas que tengan recursos, dejan de adornarse de estos ramos. Las familias de los Estados Unidos los desprecian y, aun cuando por ostentación se tenga el piano en las casas decentes, éste es tocado pésimamente: lo mismo que de la música, podemos decir de la pintura.

En cuanto á teatros te diré, que hay cinco ó seis y son insignificantes: el de Bush, el Stret, aun no se concluye y dicen que es uno de los mejores. Como los referidos no tienen mucha capacidad en el palco escénico, no se pueden cantar óperas y, cuando suelen venir algunas compañías, se contentan con dar conciertos. Solo una temporada se dieron algunas óperas incompletas en uno de los mas grandes.

Hay que notar además que siendo los americanos, poco afectos á la música, en los primeros dias que se dan conciertos, concurre su regular número; pero pasado algun tiempo comienzan á desertar y despues solo se mira el tea-

tro concurrido por extranjeros. A la comedia y el drama, si son aficionados, y todas las noches hay funciones en la mayor parte de los teatros.

Antes de pasar á otra cosa, es necesario hacer una descripción de éstos: su figura interior, es de herradura como los nuestros; pero no tienen palcos sino solamente el patio y de este rompe una serie de gradas que llegan hasta muy arriba. Esto dá por resultado, que la concurrencia no luzca como en México en donde, al mas del lujo con que representan las señoras, están perfectamente visibles en los palcos y se ven separadas las diversas familias. En los teatros de los Estados Unidos sobre las gradas referidas, se mira una masa informe de señoras, niños y caballeros sin poderse distinguir las personas ni los trajes; hay otra circunstancia, acaso favorable, para que las familias no se priven de la diversion por falta de un buen traje para presentarse y es, que las personas se presentan al teatro tal cual andan en la calle y ésta es otra



ventaja igualmente, para los empresarios que tienen siempre concurrencia.

Hay otros teatros que llaman Minstrls de diversas categorías: unos, á los que pueden concurrir señoras y toda clase de personas; y otros á los que solo concurren hombres despreocupados. En los primeros, se presenta una fila de hombres y mugeres vestidos con decencia y sentados en el fondo del palco escénico, los primeros tocando instrumentos y las segundas cantando: hay tambien dos negros sentados en las extremidades exteriores del foro, uno con castañuelas y otro con panderos, que acompañan á la orquesta referida. En los entreactos de ésta los negros improvisan historietas ó refieren la crónica de la semana, agregando sus sátiras y correspondiente sal, que excita la hilaridad de los espectadores. En otros momentos se paran uno ó dos de aquellos músicos que tienen calzados unos enormes zapatos con dos dedos de zuela bailando de una manera tan grotosca y dando tan sendos zapatazos, que pa-

recian cañonazos de ochenta: esto excitaba la risa de los concurrentes y especialmente la mía, que encontraba nuevo, semejantes payasadas.

Los Minstrol, donde concurren, donde como dijimos hombres alegres y despreocupados, se presentan casi los mismos objetos que en los primeros, es decir la misma fila de hombres y mugeres con los dos negros; con una diferencia que aquellas se presentan semidesnudas y los últimos improvisando crónicas escandalosas, desvergonzadas y de un color tan subido, que podian avergonzar á los mismos presidiarios. Por lo mismo no pueden presentarse señoras á semejante espectáculo, propio mas bien de calaveras y libertinos.

Lo original de esta clase de espectáculos, es que no hay plan en lo que se representa, sino que todo es improvisado por los dos negros, y cuando más habrá algun arreglo en el orden de las piezas que ejecutan los músicos y en las canciones desabridas que eje-



tan con las narices aquellas prima-dona destrafalarias.

Para mí, lo mas gracioso es que en las diversiones de los teatros y otros espectáculos, es la manera de aplaudir, que no se verifica como en otras partes con las palmas de las manos, sino á silvidos atronadores; es tan estravagante el gusto de los americanos en la música, que cuando aquellas cantantes de los Minstrils ejecutaban una de sus horrendas canciones, que podia pagar-seles por no escucharlas, el público prorumpia en una explosion de aplausos á su modo, con tanta insistencia, que hacian repetir hasta seis veces dichas canciones, mal gusto que nos fastidiaba horriblemente con sus repeticiones á los que participábamos de él.

Voy á hablarte ahora de una de las singulares costumbres de los Estados-Unidos, relativa á los noviazgos, costumbre que á lo que parece es solo peculiar de los americanos.

Desde el momento que un jóven manifiesta intenciones de contraer matri-

monio, adquiere en la casa de la muchacha una gran confianza, de modo que cuando por las noches va á visitarla, puede hablar á solas con ella, separándose del círculo de la familia ó visitas que se hallan en la sala; si á otro día es de fiesta y desea dar un paseo fuera de la ciudad ó dentro de ella, se lo anuncia á la niña para que se disponga, fijándole la hora á que él debe venir por ella. En efecto, llega la mañana y el jóven se presenta á la casa, y tomando del brazo á su futura, la saca á pasear, ya á pié ó en coche, volviendo á la casa de la niña á una hora bien entrada de la noche.

Lo que hagan los dos palomos sin la importuna presencia de los papás, solo Dios y ellos lo saben; baste saber que se casan pasado algun tiempo, aun cuando haya acaecido algun accidente fortuito; pero en los Estados-Unidos la falta de un contrato matrimonial se paga con el dinero ó con el presidio, y las muchachas jamas quedan deshonoradas



ni para vestir santos, como suele decirse.

Muy al contrario de las infelices mujeres de las demás naciones, especialmente de España y México, que cuando entran á la pubertad y se presenta un novio á requerirlas de amor, perdiendo con él uno, dos ó tres años, y despues, por un incidente muy frecuente entre los amantes, ocurre una ruptura, esa jóven queda cesante por algun tiempo, hasta que se presenta un nuevo adalid. Viene éste, vegeta con la niña otros dos ó cuatro años, y repite la escena de su antecesor; así se presentan un tercero, un cuarto ó más; resultado: que la jóven perdió la flor de su juventud en amores inútiles; ha llegado á los treinta años, y ó se malcasea con el primero que se le presenta, ó se prostituye ó se vuelve coqueta y quedó célibe contra su voluntad; convirtiéndose en humo sus más bellas ilusiones, y aumentando el número de las víctimas sociales.

La ley que protege los contratos ma-

trimoniales en los Estados Unidos, es más eficaz y produce más saludables efectos en los contrayentes, que esa estúpida rutina de los padres de familia de los demás pueblos, que fiscalizan las más inocentes acciones de los novios, que no les quitan el ojo de encima, que no los dejan hablar alguna vez á solas de sus negocios particulares, llevando su necedad é intolerancia al grado de impedir que esos pobres jóvenes se visiten y se traten. ¿Qué resulta de esto? Que mirándose tiranizados, procuran solo, por todos los medios posibles, vencer cuántos obstáculos se les presentan y su amor irritado y excitado por la resistencia, les aconseja entónces enlazar-se lo más pronto posible, sin calcular que cometen una imprudencia al verificar un enlace sin conocerse. Así sale ello; pasado algun tiempo se cuentan en el catálogo de los seres desgraciados y maldicen á sus padres y á la pésima costumbre que los condujo á ese estado deplorable.

Repetidas veces se leen en los periódicos